

LOS GOBIERNOS HISPANOAMERICANOS Y LA GUERRA DE 1898

SERGIO GUERRA VILABOY
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

RESUMEN

Se pretende analizar las posiciones de los gobiernos de los países latinoamericanos sobre la guerra de Cuba. El principal objetivo es explicar por qué las jóvenes repúblicas hispanoamericanas no apoyaron a los patriotas cubanos en 1895 aunque siempre se habían mostrado comprensivas con el movimiento de emancipación de Cuba.

ABSTRACT

In this essay it is intended to analyse the views of different Latinamerican countries on the Cuban War of 1898. The main purpose is to explain why the young Latinamerican republics failed to support the Cuban patriots in 1895 though they always seemed to be sympathetic with the idea of Cuban emancipation.

PALABRAS CLAVES. Historia-Cuba-Política-Emancipación- Relaciones diplomáticas.

La gesta emancipadora cubana reiniciada en 1895, así como la guerra entre Estados Unidos y España de 1898 que fue su inesperado epílogo, tuvieron una repercusión continental bien diferente a la de treinta años atrás, cuando Carlos Manuel de Céspedes proclamara en la Demajagua la independencia de la Mayor de las Antillas. La Guerra de los Diez años (1868-1878) coincidió con las transformaciones políticas y socioeconómicas que desde los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX, estremecían a una buena parte de los países iberoamericanos.

Las reformas liberales, como se denominó a esos cambios, se habían iniciado con la revolución del medio siglo en Colombia (1849) y la de Ayutla en México (1854), compulsadas por el avance capitalista a escala internacional y el impacto de la oleada revolucionaria europea de 1848. Estos procesos tuvieron un definido carácter anticlerical y antifeudal, para hacer avanzar las relaciones de tipo burgués y establecer regímenes más democráticos, tras expulsar del poder a los sectores conservadores de las oligarquías nacionales.

La irradiación por el Continente de las reformas liberales, dirigidas a completar las tareas inconclusas del ciclo independentista de 1808 a 1826, creó un clima muy favorable para la solidaridad hemisférica con los patriotas cubanos durante Guerra de los Diez Años, sentimiento reforzado por las muy recientes aventuras de reconquista protagonizadas por España y Francia, a principios de los sesenta, aprovechando la coyuntura de la Guerra Civil (1861-1865) de Estados Unidos.

Con la solitaria excepción de Argentina, gobernada por los representantes de la oligarquía ganadera y bajo la dependencia de los capitales británicos, prácticamente todos los países de América Latina reconocieron con entusiasmo la independencia de Cuba o la beligerancia de los patriotas antillanos. Así lo sintetizó el prócer puertorriqueño Ramón Emeterio Betances al referirse a la solidaridad hispanoamericana con Cuba expresada hasta diciembre de 1872:

“México abrió sus puertas a la bandera de la revolución: Colombia proclama sus derechos; Venezuela armó sus buques. Haití los defendió victoriosamente; Bolivia, Ecuador, Chile afirmaron la beligerancia de los cubanos; El Salvador y el Perú reconocieron su independencia”¹.

Muy diferente fue la actitud de los países iberoamericanos hacia la lucha independentista cubana cuando la guerra se reanudó en 1895, luego de un paréntesis de más de quince años. La situación de América Latina, en los umbrales del siglo XX se había modificado sustancialmente, lo que explica la indiferencia glacial de la inmensa mayoría de los gobernantes del hemisferio, plegados a los dictados de las grandes potencias ante el problema de

¹ Citado por SOLER, RICAURTE, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980, p.186. Incluso después concluida la contienda varios países de Centroamérica y el Caribe acogieron calurosamente los cubanos. Véase la tesis de grado de PLASENCIA, ALEIDA, *Actitud de las Naciones Americanas ante las guerras de independencia de Cuba*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de La Habana, 1956.

Cuba. Un factor importante en la nueva posición de los países iberoamericanos era que España había dejado de constituir una amenaza para las jóvenes naciones del Continente —a las que dio su reconocimiento diplomático—; inclusive iba ganando terreno cierto espíritu panhispanista en reacción a la creciente y brutal expansión de Estados Unidos. Manifestaciones de este sentimiento pro-español fueron la creación de la Unión Ibero-Americana, la amplia conmemoración hemisférica del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892 y la solicitud formulada por varios gobiernos latinoamericanos (Costa Rica, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú) a la Reina María Cristina de España para que arbitrara en las disputas fronterizas con sus vecinos. La significación de este último elemento en la política de los países de América Latina hacia la Revolución de 1895 lo subrayó Aristides Agüero, uno de los representantes diplomáticos de la República Cubana, en carta a Tomás Estrada Palma, en su calidad de Delegado Plenipotenciario en el extranjero de la nación en armas, fechada el 17 de agosto de 1897:

“En la región del Pacífico acaba de firmarse un protocolo entre Bolivia y Perú, nombrando a España árbitro en sus diferencias fronterizas, es decir que tenemos a los enemigos de jueces Bolivia y Perú, Colombia y Ecuador, Perú y Ecuador: lo que es lo mismo árbitro del continente sudamericano correspondiente al Pacífico. Esto destruye mi plan de iniciar en Brasil el acuerdo con Bolivia, Ecuador y Venezuela pues los Ministros de esos países se niegan a dar curso a la negociación por miedo al arbitraje”².

En esas condiciones cobró fuerza, especialmente en el Cono Sur, una corriente de pensamiento conservador y racista influenciada por el idealismo alemán, contrapartida del positivismo que se imponía como ideología dominante en el resto del Continente. Nutrida con representantes de la oligarquía agro-exportadora y de intelectuales acomodados, esta vertiente proponía un nacionalismo elitista de corte hispanizante, que en muchas ocasiones llegó a exaltar el pasado colonial iberoamericano. Uno de sus primeros exponentes fue Ernesto Quesada, fundador del revisionismo histórico argentino, quien atacó los planteos panamericanos del Secretario de Estado James G. Blaine

² Tomado de *Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en New York, durante la Guerra de Independencia de 1895-1898*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional, 1943, t.II. pp. 6-7.

³ Véase el análisis de RAMA, CARLOS M., *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, Editorial Tecnos, 1981, pp. 15-16, 25, y 27.

desde el prisma del nacionalismo conservador en su artículo "La política americana y las tendencias yanquis", aparecido en la Revista Nacional de Buenos Aires a principios de 1887 donde arguyó: "hay diferencia radical de razas: la raza latina hace política por sentimentalismo, se entusiasma y se arrebata por ideas abstractas, y cree en este caso en la magia del americanismo y otras hermosas; la raza anglosajona es más reposada y más práctica, calcula tranquilamente lo que más le conviene."⁴

Otro ejemplo en esa dirección, aunque castrado de las connotaciones reaccionarias antes mencionadas, se daría a conocer poco después de terminada la breve Guerra Hispano-Cubano Norteamericana de 1898 con el ensayo Ariel (1900) del filósofo uruguayo José Enrique Rodó, quien diferenció el idealismo de raigambre hispana del utilitarismo de Estados Unidos.

Diversos testimonios de los agentes cubanos que por esta época recorrían la América Latina de un extremo al otro, buscando apoyo para la independencia de la isla, refieren la influencia negativa de estas tesis conservadoras y racistas que hacían de España el símbolo del catolicismo y paradigma de lo mejor del mundo occidental. De ahí, la queja de Arístides Agüero a Estrada Palma, al enumerar las razones por las cuales la aristocracia chilena se oponía a la labor de los patriotas antillanos en ese país:

1. Creen representa España el catolicismo y defiéndenla con calor influenciados por el clero español que aquí es numeroso e influyente, les ha hecho creer que el triángulo de la bandera cubana es de francmasón [...].
2. Hay mucho orgullo de clase y sangre, todos quieren ser herederos directos de los héroes iberos de la conquista y edad media: se enorgullecen de la raza de la Madre Patria, etc.
3. El Ministro español [...] los halaga defendiendo su genealogía española [...].⁵

⁴ Citado por MEDINA CASTRO, MANUEL, *Estados Unidos y América Latina siglo XIX*, La Habana, Casa de las Américas, 1968.

⁵ Carta del 16 de octubre de 1895 en: *Correspondencia* [...]. Op. cit., t II, pp. 27-28. En el mismo sentido dice Julio San Martín desde Guatemala a Joaquín Castillo el 21 de agosto de 1896: "El Gobierno es decididamente amigo de todo lo que sea hasta el punto de usar al par que los colores de Guatemala los de España. Están muy orgullosos de su abolengo goda, que prefieren al indio toda tentativa en favor de Cuba es rápida y severamente reprimida, en fin, peor que en México". -En PRIMELLES LEÓN (editor), *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*, La Habana, Editorial Habanera, 1932-1937, t.V, p. 274.

Y en carta posterior, del 11 de abril de 1896, Agüero, añade:

“Estas repúblicas tienen todavía gran respeto a la antigua señora y dueña y esto lo disfrazan de dos modos, ya fingiendo un amor a la madre patria por ser tan desgraciada, la misma raza, etc., ya diciendo, que no pueden crear a su país nuevas complicaciones internacionales, etc, etc.”⁶

El aumento del sentimiento proespañol y antinorteamericano en la América Latina de fines del siglo XIX no sólo tenía que ver con la aparición de estas corrientes hispanófilas en el Cono Sur y los compromisos políticos y diplomáticos, sino también con la larga historia de agresiones e intervenciones de Estados Unidos. En particular desde la década del ochenta este país había iniciado una violenta ofensiva expansionista en este Continente que combinaba los viejos métodos colonialistas con las más modernas formas de penetración del capitalismo. Ese era el resultado de las favorables condiciones creadas para su vertiginoso desarrollo económico con los arrebatos territoriales a México (1848) y el fin de la Guerra de Secesión (1865). El interés de la ávida burguesía norteamericana por extender su influencia a la América Latina y el Caribe no sólo tenía relación con su importancia material –fuente de materias primas y mercados–, sino también con el valor estratégico para su formación como gran potencia. Con esa finalidad, el gobierno de Estados Unidos diseñó la política panamericana y se lanzó a una serie de audaces empresas para abrir los países de este hemisferio a sus capitales y arrancarlos de la órbita inglesa. La primera de estas tentativas se desarrolló aprovechando la coyuntura de la Guerra del Pacífico (1879-1883) entre Chile, Perú y Bolivia con el objeto de transformar el territorio peruano –entonces ocupado por el ejército chileno– en una especie de protectorado norteamericano. Concorde con estos proyectos, el Ministro de Estados Unidos en Lima Mr. Christiancy, en carta del 4 de mayo de 1881 a Blaine, Secretario de Estado norteamericano, expresó:

“Cincuenta mil ciudadanos emprendedores de los Estados Unidos dominarían toda la población y harían del Perú totalmente norteamericano. Con el Perú bajo el Gobierno de nuestro país, dominaríamos a todas las otras repúblicas de Sudamérica y la Doctrina Monroe llegaría a ser una verdad, se abrirían grandes mercados a nuestros productos y manufacturas y se abriría un ancho campo para nuestro pueblo emprendedor”⁷.

⁶ Tomado de *Correspondencia* [...] Op. cit., t.II, P. 39.

⁷ Citado por RAMÍREZ NECOCHEA, HERNÁN, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago de Chile. Editorial Universitaria. 1969, p. 236.

Casi paralelamente el propio Blaine proponía en 1881, por primera vez, la realización de una conferencia de naciones americanas en Washington, que no se pudo efectuar hasta 1889-1890. En esa Primera conferencia Panamericana se reveló en toda su crudeza las verdaderas intenciones de Estados Unidos: alcanzar a toda costa su absoluta supremacía en las esferas políticas y económicas, siguiendo las pautas trazadas por la Doctrina Monroe y las anejas ideas del "destino manifiesto".

Aunque en esta reunión Panamericana Estados Unidos no logró todavía imponer su hegemonía- debido la oposición de varios gobiernos iberoamericanos –en particular los del Cono Sur, firmemente atados a los intereses británicos–, la intervención diplomática de Washington en la disputa fronteriza entre Inglaterra y Venezuela terminó con la aceptación de Londres del predominio norteamericano en la región, a cambio del desconocimiento de las reclamaciones venezolanas en la Guayana. La tácita aprobación inglesa de la validez de la Doctrina Monroe, desempolvada por el nuevo Secretario de Estado norteamericano Richard.B. Olney en su nota diplomática del 20 de julio de 1895 al Foreign Office –“En la actualidad los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este Continente, y su fiat es ley en los asuntos en que intervienen”⁸– demostró a los gobiernos que estaban desamparados y al arbitrio de las decisiones de una gran potencia emergente, como territorios cada vez más dependientes. Era sólo el principio de una desenfadada escalada intervencionista de una poderosa nación que llegaba tarde al reparto del mundo, como se comprobó antes de su intervención en el conflicto hispano-cubano (1898) con el desembarco de sus fuerzas militares en Panamá (1885), Haití (1888-1891), Buenos Aires (1890), Río de Janeiro (1894), Nicaragua (1894, 1896 y 1893) y Colombia (1895), con el pretexto de restablecer el comercio o proteger a sus legaciones y nacionales amenazados en esos lugares por determinadas turbulencias internas.

La animosidad de los países iberoamericanos con los Estados Unidos alcanzó entonces uno de sus grados más altos en Chile. En la tierra austral

⁸ En CASTRO, MEDINA op. cit, pp. 513-514.

⁹ De la lista de las intervenciones norteamericanas en el extranjero presentada el 17 de septiembre de 1960 por el Secretario de Estado norteamericano Dean Rusk a la sesión conjunta del Comité Senatorial de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas de Estados Unidos. En GUERRA VILABOY, SERGIO y PRIETO, ALBERTO con la colaboración de AMBROSIO FORNET, *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, La Habana. Casa de las Américas, 1978. pp. 42-43.

el gobierno aristocrático de Jorge Montt, en el poder tras el violento derrocamiento del Presidente constitucional José Manuel Balmaceda por las fuerzas oligárquicas probritánicas, asumió una actitud muy hostil hacia los Estados Unidos por haber dado apoyo al mandatario depuesto. A aumentar la tensión entre las dos naciones contribuyó el incidente del Baltimore, el 16 de octubre de 1891 en Valparaíso, donde murieron en una pelea callejera dos marinos norteamericanos y otros varios resultaron heridos. A pesar de que las amenazas de Washington de tomar represalias no se llevaron a cabo —por las apresuradas concesiones del gobierno de Chile (1892)—, en las altas esferas gubernamentales chilenas quedó un profundo resentimiento antinorteamericano. Así lo pudo comprobar el representante de Inglaterra en Santiago de Chile en una entrevista con el Presidente Montt.

“Su Excelencia comentó los discursos en el Senado de los Estados Unidos sobre la Doctrina Monroe los cuáles, el dijo, indican claramente la idea de una eventual sujeción de todo el continente americano a los Estados Unidos, él me aseguró que Chile, Argentina, Brasil y Perú estaban ahora plenamente alertas a la necesidad de resistir cualquier avance aparentemente amistoso del Gobierno de los Estados Unidos.

El Presidente Montt calificó al Gobierno de los Estados Unidos como inescrupuloso y corrompido, y habló con lenguaje tan desusadamente ardiente que por esto me atrevo a informar sobre sus observaciones [...]”¹⁰

No es de extrañar que los representantes antillanos en los países iberoamericanos tuvieran que luchar contra el enfriamiento de la solidaridad con la isla desde el mismo instante en que se produjo la intervención de Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano, pues como escribiera desde Bogotá Rafael María Merchán “aún deseando la independencia de Cuba, quisieran que España triunfara a los Estados Unidos”¹¹. A una conclusión muy parecida sobre los efectos de la intervención norteamericana de 1898 llegó Esteban Borrero desde San José de Costa Rica, en sendas cartas del 1 y 22 de mayo de ese año, enviadas al Delegado del Gobierno cubano en New York:

“El gobierno, y el pueblo Costarricenses nos son hoy desafectos: recuerdan la aventura de Walker, han resucitado sus odios; y ayudados de su increíble españolismo nos niegan toda simpatía. El Gobierno, el pueblo

¹⁰ Informa confidencial del 26 de febrero de 1896 citado por Ramírez Necochea, op. cit., p. 244.

¹¹ Carta del 11, de junio de 1895 a Estrada Palma. *Correspondencia* [...]. Op. Cit. t.11, p. 144.

costarricense todo, se han pronunciado en el actual conflicto, en favor de España; la prensa se deshace en alabanzas "a la nación hidalga a quien debe esta nación su origen y cultura" y se hacen suscripciones públicas populares en favor de España. Al mismo tiempo creció el odio a los americanos que han sido insultados por la prensa de San José dando origen a más de un choque [...].

Los Clubs revolucionarios cubanos en que figuraban costarricenses los han visto desertar, y muchos se han cerrado: "Ahora, dicen, no nos interesa esa causa (la nuestra) porque Cuba va a ser absorbida por los Estados Unidos. No sé de donde le vendrá a esta gente el odio a los americanos del Norte; pero es grande y ciego"¹².

Todo esto explica que la Revolución Cubana de 1895 no encontrara en América Latina la calurosa resonancia de 1868-78. En esta oportunidad ningún gobierno iberoamericano reconoció la beligerancia de los patriotas cubanos, a pesar de que en la mayoría de ellos se formaron clubes para hacer propaganda por la causa de Cuba y recoger fondos que enviaban a la sede del Partido Revolucionario Cubano en New York. La posición extrema fue asumida otra vez por Argentina, presidida ahora por José E. Urriburu –el mismo individuo que como Plenipotenciario de su país se opusiera a la presencia cubana en la conferencia internacional de Lima en 1877–, colocada abiertamente al lado de España al permitir el reclutamiento de voluntarios para ayudar a su exmetrópoli y favorecer una colecta pública con vistas a la adquisición de un buque de guerra, el crucero Río de la Plata¹³, pues como ya había advertido Agüero en su informe al Delegado del 11 de abril de 1896 "la colonia española del Plata es muy numerosa, rica e influyente"¹⁴. Y en carta posterior, del 22 de mayo de 1898, describe como sigue la postura de los principales países de la América del Sur:

¹² Ibid.. t.II, p 228 y 229.

¹³ FONER, PHILIP S., *La Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y el surgimiento del Imperialismo yanqui*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, t.1, p. 182. Incluso el hijo del expresidente argentino en el periodo de 1891 y 1895 y futuro mandatario de su país, Roque Saénz Peña, se ofreció para pelear del lado de España al entrar Estados Unidos en la guerra (1898). Véase PORTELL VILÁ, HERMINIO, *Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España*, La Habana, Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, 1949 p. 136.

¹⁴ Carta a Estrada Palma del 22 de mayo de 1898 en , Correspondencia [... op. cit. , t.II, pp. 15-16. Sin duda un factor que contribuyó a fomentar un ambiente favorable a España, fue la abundante presencia de inmigrantes españoles desde la década de 1870 en los países del Cono Sur., particularmente Argentina y Uruguay, ya que en el resto de América Latina este fenómeno no fue tan masivo. Al parecer el Paraguay fue la excepción en el Río de la Plata, pues aquí la prensa y la población, se manifestaron abiertamente en favor de la causa cubana.. Véase REMOS, JUAN J.: "Martí, el Paraguay y la Independencia de Cuba", Revista de la Biblioteca Nacional, La, Habana, octubre-diciembre de 1953, #4, pp. 47-53.

“Respecto a la cuestión cubana en Sud América le voy a dar una ligera reseña del estado de la opinión.

Brasil favorable a nosotros; pero no reconocerá –por ahora– pues, limitará a los yankees en su última resolución. Uruguay hostil a los yankees no reconocerá por las razones que el año pasado le expuse más las simpatías españolas a la enemistad a los yankees.

Argentina y Chile hostiles a Washington hemos perdido mucho terreno y las simpatías a España aumentan cada día. La guerra entre ambos está sobre el tapete aún. Perú-Bolivia-Ecuador –francamente partidarios de España– tienen un arbitraje de la reina regente y por nada nos reconocerán hoy ni mañana. En resumen no creo nos reconozca ningún país latinoamericano, unos por simpatías españolas, otros por antipatías yankees y otros por apatía sempiterna”¹⁵.

Por su parte, el Presidente conservador de Colombia Miguel Antonio Caro, a quien el agente cubano Joaquín Alsina atribuía simpatías por España”¹⁶, prohibió el 8 de noviembre de todos los programas de actividades públicas destinados a recaudar dinero para los revolucionarios cubanos, disposición que con algunos matices de hecho también adoptaron otros mandatarios latinoamericanos entre ellos el venezolano Joaquín Crespo o el costarricense Rafael Iglesias, el mexicano Porfirio Díaz y el dominicano Ulises Heaureaux¹⁷, para acallar las constantes protestas de España. A manera de ejemplo puede citarse la queja de Esteban Borrero sobre el clima adverso existente en Costa Rica:

“No podemos aquí celebrar reuniones públicas; está terminantemente prohibido hacer colecta. y aun recibir con carácter público dádiva alguna para los fondos de la Revolución: nuestra reuniones son, en cierto modo clandestinas, y estamos de toda suerte cohibidos, lo cuál es desmoralizador a todas luces pero se trabaja siempre”¹⁸.

¹⁵ *Correspondencia*. [...], Op. cit., t.II, P. 145..

¹⁶ Carta del 10 de noviembre de 1895. *ibid.*, p. 145

¹⁷ El 11 de abril de 1896 el Presidente Heaureaux había entregado al representante cubano en República Dominicana, Jaime Vidal, con carácter confidencial, un “Prospecto de un jurado internacional para poner término a la efusión de sangre en Cuba”, pero que fue rechazado por el gobierno cubano en armas por no incluir el reconocimiento a la independencia de la isla. El documento íntegro en *Correspondencia* op. cit., t.I-I, P155 y ss.

¹⁸ *Ibid.* P.219.

Paralelamente, los congresos nacionales de Costa Rica, Colombia, Venezuela, Bolivia y Ecuador rechazaban o daban largas a las propuestas de algunos de sus diputados para reconocer la beligerancia cubana. La falta de respaldo gubernamental de los países latinoamericanos llevó a Ulpiano Dellundé, otro de los activos representantes de la República de Cuba en el exterior a sentenciar en carta a Gonzalo de Quesada del 10 de agosto de 1895: "En particular tendremos ayuda de los haitianos, pues ellos contribuyen con dinero a nuestra causa; pero el gobierno no se atreve hacer nada por temor a alguna complicación con España"¹⁹.

Una excepción la constituyó el gobierno de Eloy Alfaro en Ecuador, quien en 1895 había encabezado una tardía revolución liberal destinada a transformar su país en una nación laica al adoptar la separación Iglesia-Estado, la secularización de los bienes eclesiásticos y un régimen de libertades públicas y garantías ciudadanas. Se sabe que Alfaro acarició la idea de enviar una expedición a Cuba, en cumplimiento de una oferta hecha en Costa Rica a José Martí y Antonio Maceo y que le llegó a dar instrucciones al Coronel León Valles Franco, considerado "más cubano que ecuatoriano"²⁰, para movilizar los efectivos necesarios. Las dificultades insalvables que significaban el transporte de tropas desde el Pacífico al mar Caribe, al no poder utilizar el istmo de Panamá por la permanente hostilidad del gobierno conservador de Colombia lo obligaron a desistir de este proyecto. No obstante, el 19 de diciembre de 1895, Alfaro firmó una carta oficial a la Reina María Cristina, Regente de España, donde la exhortaba a aceptar la independencia de Cuba, que tiene el mérito histórico de constituir la única manifestación, pública de un jefe de estado en favor de la Revolución cubana durante la Guerra de 1895.

¹⁹ Ibid. P-10. Muchos mandatarios latinoamericanos manifestaban en privado a los agentes cubanos sus simpatías personales por la lucha en Cuba, así como su imposibilidad de brindar apoyo. Las cartas de los representantes antillanos están llenas de este tipo de testimonio. Quizá el caso más connotado de doblez política fue el del Gobernante dominicano Heaureaux –en contraste con la definida actitud procubana de su antecesor Luperón–, quien descarnadamente afirmaba: "España es mi esposa, pero Cuba es mi querida". Citado por RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO, *Maceo en Santo Domingo*, Santiago, República Dominicana, Editorial El Diario, 1945, p. 152.

²⁰ Carta de Miguel Albuquerque a Estrada Palma del 8 de noviembre de 1895. En PRIMELLÉS, op. cit., t.II, 163.

“Mi gobierno –dice Alfaro–, ciñéndose a las leyes internacionales, guardará la neutralidad que ellas prescribieran; pero no se puede hacer el sordo al clamor de este pueblo anheloso de la terminación de la lucha; y debido a esto me hago el honor de dirigirme a V. M. como lo haría el hijo emancipado a la madre cariñosa, interponiendo los buenos oficios de la amistad para que V.M. en su sabiduría y guiada por sus humanitarios y nobles sentimientos –en cuanto de V.M. dependa– no excuse la adopción de los medios decorosos que devuelvan la paz a España y a Cuba”²¹.

Después lanzó la convocatoria de un Congreso continental a inaugurarse en México –donde murió el convocado por Bolívar en Panamá– el 10 de agosto de 1896, para que allí se retomara el legado bolivariano mediante una agenda en la que estaba implícito el reconocimiento de la soberanía cubana. El cónclave, como explicara el Presidente mexicano Porfirio Díaz, también se frustró “debido a circunstancias desfavorables, entre otras, algunas complicaciones de importantes Repúblicas americanas, especialmente de una, que no podía aceptar francamente la invitación circulada”²².

Pero el gobierno ecuatoriano tampoco pudo dar una respuesta afirmativa a las peticiones cubanas para el reconocimiento del gobierno en armas o al menos del derecho a la beligerancia de su Ejército Libertador. Con amargura relata Arístides Agüero a Estrada Palma la respuesta del caudillo ecuatoriano a la formal solicitud en tal sentido formulada el 29 de septiembre de 1896 por el gobierno cubano:

“La beligerancia no la puedo reconocer ahora –dijo Eloy Alfaro– no por miedo a España, ni por temor a ser el primero; acostumbro hacer de cabeza y no de cola, procedo con el arreglo a mis convicciones y nada me importaría que otros me siguieran o no; creo utilísimo para el Ecuador romper con España, fui el 1º en tratar de ello y continuaré firme en esa creencia pues España nos dará fallo adverso; pero la situación interna no me permite dar paso alguno respecto de Cuba: hay preparada una revolución cuya bandera sería que yo comprometo con una quijotada los intereses ecuatorianos [...]”²³.

²¹ Tomado de SANTOVENIA, EMETERIO, *Eloy Alfaro y Cuba*, La Habana. Imprenta El Siglo XX, 1929, pp. 143-145.

²² Citado por CASTRO, MEDINA, *Op. cit.* pp. 206 -207

²³ Carta del 16 de marzo de 1897 en *Correspondencia op. cit.*, t.II P. SS. El subrayado es del original.

Aunque la gesta emancipadora de Cuba nunca dejó de contar con el respaldo de los pueblos de este Continente, la falta del reconocimiento gubernamental por parte de los países hispanoamericanos durante la Guerra de 1895, unido a la virtual aceptación inglesa de la hegemonía norteamericana en la región, facilitaron los planes de Estados Unidos para intervenir en el conflicto hispano-cubano en 1898. Con ello se le abrió al gobierno norteamericano la posibilidad de hacer realidad su viejo sueño de la "fruta madura" apoderándose de la isla de Cuba y a la vez conquistar los últimos vestigios del otrora gran imperio colonial español.